

DIEGO

VIGA

PUNTO DE SALIDA . . .

. . . PUNTO DE LLEGADA

Esta obra trata del destino de dos hermanos shuar, mellizos idénticos que estudian medicina en la Universidad Central. Después de graduarse hacen su año rural en su región nativa. Uno de los mellizos (Agustín) es llevado por una turista americana (de origen austriaco) a Chicago y después a un viaje alrededor del mundo, el otro (Juan Bautista) queda con su pueblo. Juan Bautista parece trágicamente en un "accidente" y Agustín regresa y toma su lugar en la región selvática como médico de su pueblo.

En lo siguiente damos parte del primer capítulo y después parte del capítulo IX. En cada parte se trata del monólogo interior de uno de tres personajes: Minerva (dueña de una galería de arte en Chicago que se ha llevado a Agustín, Agustín (el mellizo viajero) o Juan Bautista (el mellizo que trata de guiar su pueblo).

Juan Bautista se encuentra en una lucha perdida para conservar su pueblo y fijar la posesión de sus tierras. Minerva ha perdido una hija adoptiva (ella es soltera) Elsa que trabaja en una planta de energía atómica. Esta ha perecido bajo condiciones misteriosas en un accidente en la India.

Agustín ha visto el retrato de Elsa, la "hija" muerta, lo que produce una relación mística.

I. EL ENCARGO

Leí en el periódico:

"ALUD DE BARRO Y FANGO OCA-
SIONA LA MUERTE DE NUMEROSOS IN-
DIGENAS. JOVEN MEDICO CON SU FA-
MILIA ENTRE LAS VICTIMAS DEL TRAGI-
CO ACCIDENTE".

El doctor Juan Bautista Chía viajó con su familia en un autobús, o mejor, en uno de aquellos algo primitivos vehículos denominados "mixto" y fue sorprendido por un alud de tierra. Como es tan frecuente en nuestro oriente, abundantes aguaceros habían ablandado y movido el terreno. Cuando el carro rodaba por la carretera en construcción fue alcanzado por un montón de tierra y piedras que lo cubrió completamente. Todos los viajeros eran indígenas, pertenecientes a la conocida tribu de los jívaros. No se conoce todavía el número de muertos. Aunque los empleados de la compañía petrolera que trabajaban en una región cercana socorrieron con palas y tractores, no lograron salvar ni uno de los accidentados. Posiblemente no todos los cadáveres han sido encontrados. El doctor Chía era una persona muy interesante, puesto que había sido el primero de su tribu en obtener un grado universitario en medicina.

PUNTO DE SALIDA...
PUNTO DE LLEGADA

DIEGO
VIGA

Pensé en los hermanos Chía, ocuparon mis sesos, crecían, me agarraban. En mi larga carrera de profesor universitario los hermanos Chía habían sido el fenómeno más interesante, y, como sentía después de esta noticia, el más inquietante. Para quedar con mi especialidad, la biología: Creo que fueron mellizos univitelinos, es decir, que tuvieron su origen en un único óvulo fecundado que se dividiera en dos. En tal caso la herencia biológica es absolutamente igual; es el único caso en el que dos seres humanos tienen exactamente los mismos caracteres hereditarios. Como no había estado presente en su nacimiento no podía asegurar eso con toda seguridad. Se parecían de tal modo que siempre los confundían. Además de su parecido, y el tipo indígena, que en el Ecuador no llama mayormente la atención, uno de los hermanos había despertado mi interés, por contradecirme. Había hablado de maderas duras y blandas, sosteniendo que los carpinteros siempre recomendaran al cedro por ser fácilmente laborable. Entonces uno de los dos sostuvo que los artesanos tenían razón.

—¿Acaso es usted carpintero? —pregunté con un dejo de ironía.

—Durante muchos años he trabajado como operador en una carpintería —fue su sorprendente respuesta.

Con el tiempo me enteré que los hermanos pertenecían a la tribu de los **Shuaras**, que frecuentemente son denominados Jívaros, lo que no les agrada, puesto que el nombre que ellos mismos se dan es el de **shuar o shuara**.

Son muy conocidos por la preparación de **tsantsas**, cabezas truncadas y calentadas hasta ser reducidas al tamaño de un puño.

Había invitado a los hermanos varias veces a mi casa, en parte por simpatía y también, lo confieso, por mi insaciable sed de saber. A todos nos conmueve la muerte de un conocido. Mucho más profundamente nos toca cuando el difunto ha sido un individuo joven, y un maestro se siente adolorido por la desaparición de un alumno. Uno se siente casi culpable por continuar una vida ya avanzada y, por lo menos parcialmente cumplida, mientras que un ser humano que tenía todo por delante... y se siente el sinsentido de la existencia. Se había esperado una modesta inmortalidad o supervivencia... seguiré actuando, seré continuado por este joven... pero éste ya no vive. Además, se siente cariño por estos muchachos, un discípulo es siempre algo como un hijo. ¡De modo que muerto!

Y después Agustín Chía tocó a mi puerta.

Los alumnos ocupan un amplio espacio en la mente de un viejo profesor, especialmente cuando éste ya se acerca a la jubilación. Es, en cierto sentido, el último futuro en cuya formación uno interviene. Por eso generaciones anteriores desaparecen, ya no están bajo la responsabilidad magistral.

Pero si uno ha oído de la muerte...

Y aquí, el muerto estaba de repente... en mi jardín.

Desde luego me di cuenta de que era Agustín y no Juan Bautista, el mellizo sobreviviente y no el difunto. A pesar de eso había estado durante un momento bajo la ilusión de ver al muerto ante mi puerta.

Naturalmente lo invité a la sala y le ofrecí una silla.

Después le di mi pésame, siempre un asunto doloroso, se abren antiguas heridas y si no lo hiciera, parecería insensible. Por lo general el interlocutor no se da cuenta de que el deudo desea hablar de su pérdida, recordar al desaparecido para mantener su memoria viva.

Por eso no le pregunté por su salud o qué le hubiera traído hacia mí, sino, dije, que había leído en el periódico del terrible accidente.

—Accidente... —me interrumpió.

—Eso dijo el periódico.

—¿Por estar en el periódico sería verdad?

—No siempre —tuve que admitir. Cuántas veces había advertido a mis alumnos que no todo que se lee en los periódicos corresponde a la verdad, que es preciso saber leer un periódico. Mi deliberación fue interrumpida por palabras cortas y duras.

—Juan Bautista ha sido asesinado.

Ahora Agustín se pareció demasiado a su hermano difunto; estaba tentado ver en él al mellizo resurrecto. Este había sufrido de un nacionalismo tribal (no se me ocurre una palabra más apropiada) que traté en balde de contrarrestar. A veces sus ideas me parecían obsesivas. Por eso pregunté casi rudamente.

—¿No se trata de manía persecutoria?

—No se trata de paranoia, profesor, sino de pruebas y de hechos —me había entendido, y me di cuenta de que era Agustín, el experimentado, el abierto hacia el mundo quien estaba sentado frente a mí.

—Alud —dije, corriente de fango, nadie habría desviado un río para ablandar el terreno. Siempre habían sido aguaceros tropicales los causantes de esta clase de accidentes que, desgraciadamente, no son raros.

—Estoy de acuerdo. Nadie se ha esforzado tanto... y tampoco llovía en esta época.

—¿Qué? ¿Cómo? Pregunté incrédulo, y de veras sin entender de qué se trataba.

—Construyen la carretera dinamitando. Juan Bautista se opuso a la construcción, quería inhibirla —una tontería, pensé yo, la carretera abre oportunidades, es la vía hacia el mundo—, por eso se dirigió con su mujer, sus hijos, el chófer y algunos indígenas más en un mixto al lugar para protestar. Y los señores gringos no permitían transtornar su obra, la continuaron en beneficio de nuestra patria y abrieron el camino hacia la civilización occidental con dinamita.

Un viaje alrededor del mundo, me había encontrado con Agustín en un viaje alrededor de la tierra... me avergoncé ante mí mismo por haberme acordado de mí en vez de Juan Bautista. Estaba frente a mí. Pues ahora ya no podía distinguir entre los gemelos. Vida humana: nos coge el espanto, cuando oímos de vidas humanas destrozadas. ¿Y cuántos millones en la Segunda Guerra Mundial? Pero eso ocurrió hace treinta años. ¿Se olvidarían los asesinatos? La muerte nos impresiona mucho más cuando agarra a alguien muy conocido, y especial-

mente si el doble de la víctima se encuentra en la propia casa...

IX. MEDITACIONES EN CAFARNAUM

JUAN BAUTISTA

El pobre diablo está muriéndose. ¿A quién echarán la culpa? Siempre creen que alguien es culpable de la muerte y quieren matarlo. Debo combatir la superstición, y yo mismo estoy bajo su dominio. Alguien debe ser culpable.

Herida demasiado profunda. El hueso está fragmentado, está además infectado y el antibiótico que le puse no surte efecto. ¿O no dispongo de remedios adecuados? Desde luego no tengo bastantes productos farmacéuticos; las autoridades gubernamentales no me suministran nada.

No se está quejando.

—Tendré que cortarte la pierna —digo.

—No.

—Es la única salvación, si no quieres quedarte con una pierna menos, nada quedará de ti. O la pierna o tú completo.

—Mejor irse entero bajo tierra que en pedazos.

—No te pregunto ponerle una inyección, anestesiarlo. ¿Y si se muere? Fácilmente puede morir, área operatoria in-

fectada, no soy gran cirujano, ya hay linfadenitis, septicemia incipiente. Sería el único chance—. No queda otro remedio.

—Con una pata no sirvo para nada. Entre nosotros los shuar no deben existir hombres inútiles.

Acaso tenga razón...

A pesar de todo corrí por la selva hasta donde Blair. Me sentí humillado y eso era grave. Predican humildad, los buenos Padres nos enseñan humildad y de humildad habla también Blair.

"Los humildes subirán", no queremos subir a ninguna parte, solamente queremos ser dejados en paz, "Beatos los que sufren persecución", no me regocijo de ningún modo de que nos persigan. ¿Debemos quedarnos callados? "Felices los mansos", Randall Blair debe ayudar. No son los buenos Padres, son misioneros empeñados en estudios lingüísticos, acaso disponen de mejor equipo... este enfermo no llegaría vivo a ninguna ciudad mayor.

Al fin se murió sin haber sido operado. Probablemente era lo mejor para él, y para mí. Su familia no podrá decir que yo lo haya matado. Soy un brujo demasiado débil.

Y la escuela. Tenemos derecho a tener escuela. Agustinito olvidará lo que ha aprendido.

Los otros disponen de dinero, la magia más poderosa. Randall Blair tiene

plata aunque pretende pobreza. Quizá son ellos quienes nos envían los malos espíritus. ¿Estoy yo mismo con fiebre? Estaría delirando como aquel pobre... pero tengo ambas piernas intactas. ¿Soy inútil?

Necesitamos escuela, necesitamos hospital. Me fui a donde Randall. El sostiene que quiere traernos el progreso. Pero se niega a acompañarnos a Damián y a mí para visitar las autoridades en la ciudad.

Otra vez en la gobernación. Un nuevo escritorio.

El gobernador es macizo y ancho de espaldas. Carece de cuello. ¿Cómo podríamos hacer una tsantsa si no hay cuello para cortarlo?

—Ustedes quieren educarse.

—Nuestro pueblo es bastante grande para tener escuela propia. Según los planes del gobierno... empieza Damián.

—El gobierno provee para el pueblo y para los indios. Perteneceis al pueblo y debéis ser buenos ciudadanos.

—Queremos aprender, necesitamos escuela.

—Cierto. Pero para fundar una escuela debe existir en dónde, es decir debe existir un pueblo con un número suficiente de habitantes. Vosotros vivís dispersos... muéstrenme que se encuentran registrados. Los certificados de nacimiento...

—La mayoría de nosotros no están registrados —admite Damián, dándose cuenta de su negligencia.

—¿Por qué? pregunta el gobernador.

—Las autoridades están tan lejos... y piden la dirección...

—Nuestra gente no sabe leer y escribir por carecer de escuela —me meto yo.

—¿Y en dónde vivís?

Le describo al señor gobernador como si no estuviese enterado y fuese un niño recién nacido.

—Allá no podéis tener vuestras chozas, esta tierra es propiedad reconocida.

—Es **nuestro** territorio.

El gobernador saca un mapa de un cajón y le muestro nuestra región.

—Es parte de una nueva colonización, tierras debidamente pedidas y distribuidas por el gobierno.

En el mapa veo que se trata de una extensión de tierras... alrededor de la misión de Randall Blair.

—Pero esta colonia, este pueblo no existe. ¿Cómo puede su pueblo, aparecer registrado en el mapa dentro de nuestros terrenos?

—Sí —sigue el gobernador, aquellos misioneros fundarán también una escuela tal vez con el tiempo un hospital, por fin harán algo en provecho de nuestro oriente. Son gente buena y abnegada.

—No existe aquel pueblo —grito enfurecido.

—Esta gente investiga su idioma, señores doctores —de repente el gobernador se ha vuelto amable y formal—, ustedes, varones cultos, saben mejor que un pobre campesino como yo cuán importantes son las investigaciones lingüísticas. Por eso el gobierno deja esta región a estos caballeros para que sea incorporada a la civilización. Todavía no hay casas excepto la de la misión... el pueblo está registrado, pero precisamente ustedes acaban de convencerme de que de veras existe un pueblo, formado por vuestras chozas, este pueblo se llama... ¿Cómo se llama? —hunde su nariz en el papel y lee con un poco de dificultad—, el pueblo se llama Cafarnaum.

MINERVA

Tierra Santa, tierra de los antepasados. Lo que de veras me conmovió era Yad Vashem, el museo y memorial para las víctimas de los nazis, erigido en Jerusalén. Monumento de la muerte y de la aniquilación. Dicen que nunca hay que entregarse indefenso, sin lucha. Los luchadores del ghetto de Varsovia son tan muertos como todos los otros... y Elsa también está tan muerta. No eran los nazis los asesinos de Elsa. Pero he penetrado hacia la verdad, me confieso la verdad, sí quiero o no quiero, Elsa ha sido asesinada. No por los mismos que come-

tieron aquellas matanzas recordadas en Yad Vashem. ¿No serían los mismos, siempre los mismos?

Ideas de una mujer vieja e impotente. A veces es muy cómodo desmayarse. Ya lo practiqué en este viaje. Vergonzosamente...

Llamándome, de acuerdo con la verdad, una mujer vieja, siento tentación de sacar un espejito de mi cartera... sí, arrugas alrededor de los ojos, alrededor de la boca, especialmente en el labio superior. No se nota que los dientes son postizos, éstos me dan más bien una sonrisa amable y juvenil. Los labios todavía llenos aunque un poco más delgados que cuando buscaban sus besos. La forma oval de la cara todavía bien conservada. Los ojos glaucos eran siempre lo más bello en mi cara. Escondo el espejo, avergonzada de mi vanidad, ¡y ésta en un bus, en presencia de tanta gente!

¿Puede esta tierra decirle algo a Agustín? Entre todos los ocupantes del autobús él debe tener menos nexos con esta tierra, viene de más lejos.

Chivos expiatorios. Todavía los chivos son de color negro. Las vacas también, más bien son de manchas blancas y negras, no blancas y gibosas como las sagradas de la India.

—Las mismas vacas Holstein como en la sierra ecuatoriana —apunta Agustín quien evidentemente también ha observado a las reses.

Ovejas.

—Las ovejas del Buen Pastor —Agustín está siempre hablando de ovejas, eso debe tener un significado especial para él y su hermano.

El lago azul. Un azul magnífico, un pedazo de cielo allá muy debajo de nosotros, Kinereth, el famoso lago de Galilea, probablemente uno de los lagos más famosos de la tierra. El lago de la pesca de Jesús.

—El lago por cuyas aguas Jesús caminaba —dice alguien. La mayoría de los turistas son cristianos.

También yo soy turista. Yad Vashem es de fecha reciente, pero en cualquier lugar de la tierra puede ser Gólgota.

—Migdal —dice el guía turístico, en este caso un judío, nacido en Berlín, que habla el idioma inglés—, es el lugar de nacimiento de María Magdalena.

Me conmueve de un modo extraño. Entre todas las personas en el Evangelio, María Magdalena me ha parecido siempre la de más vida, la más genuina.

Al guía se le ocurrió poner en la mano de una joven viajera un ejemplar del Nuevo Testamento. Y en voz alta lee las palabras del "Sermón de la Montaña".

Amor, sí, el amor y la bondad. ¿Y de qué han servido? Yad Vashem, las puertas que parecen cubiertas de espinas, las puertas espinosas de Yad Vashem. Nunca en mi vida me he sentido tan judía como en Yad Vashem. Elsa era de ori-

gen medio judío. Nunca hizo uso de este hecho. Y es casi obligatorio en los Estados Unidos pertenecer a una "iglesia" para no ser tenido por comunista. Sí ¿la habrán tachado como comunista por haberse atrevido a denunciar su contaminación por los rayos? ¿Por haber instigado? Instigar sería simplemente insistir en sus derechos humanos. Advirtió el peligro de destrucción, de aniquilación. ¿No se permite enseñar la verdad?

Magdalena se arrepintió, pidió perdón a los pies del "rabí" quiere decir maestro. El ha enseñado.

—Esta es la colina del "Sermón de la Montaña" —dice el guía.

En el oriente se alzan como murallas las alturas de Golan, región de lucha y de riñas.

—Las baterías sirias estaban colocadas allá y podían disparar sobre el valle y sobre el lago —explica el guía.

Y ahora están allí cañones israelíes, dirigiendo su amenaza hacia el lado opuesto. Siempre cañones, implementos de la muerte.

La voz de la muchacha sigue recitando el "Sermón de la Montaña", mientras que el bus vuelve a moverse.

Qué mundo tan absurdo. Amor, bondad, cariño... y allá los cañones amenazando...

Otra vez para el vehículo.

—Esta es la famosa sinagoga de Cafarnaum, en donde predicaba Jesús.

Todos los cristianos, es decir, la mayoría de los turistas, están conmovidos. Qué importante para la humanidad, cuánto influía sobre toda la historia de los dos milenios siguientes...

Cafarnaum, edificio en ruinas, ruinas de una época romana tardía. No tiene nada de oriental. El paisaje es Asia.

Lago de azul profundo.

Antigua sinagoga. Desde hace milenios rezan los hombres...

Un friso con estrellas. Estrellas de seis puntas. Estrellas de David.

Acaso las más antiguas. ¿Ya entonces? —pregunto, volviéndome una vez más, viajera del mundo incitada por la curiosidad.

—Honradamente le voy a confesar que en aquella época la estrella de seis puntas no tenía todavía un significado especial.

Y de repente me doy cuenta que las estrellas de seis puntas están alternando con otras estrellas... de cinco puntas.

—También hay estrellas soviéticas —digo.

—Entonces no había diferencia.

Se ríe y los otros se ríen.

De repente me asalta la idea de que quizás se hayan equivocado en las estrellas. ¿Cuál puede salvarnos de acontecimientos como los recordados en Yad

Vashem y... del acontecimiento de Agra?

AGUSTIN

También los buenos Padres nos han contado de María Magdalena. Nunca entendíamos en qué consistían sus graves pecados por lo que debía secar los pies del Maestro con su cabello. Siempre me compadecía de ella por esta humillación de lavar los pies y secarlos con el propio pelo.

Desde luego me doy cuenta cuales eran sus pecados. Algunas Magdalenas me han librado de la necesidad urgente del impulso atormentador. En Estambul, en donde logré escapar de Minerva encontré un burdel. Era un poco más lujoso que en Quito y también bastante más caro.

Volamos hacia Estambul sobre países desconocidos, probablemente Paquistán, Afganistán e Irán. No vi nada sino noche completamente negra. Si el avión se hubiese caído, me habría quedado para siempre en Paquistán o en Afganistán, sin conocer el país en cuya tierra yacía para siempre.

Tampoco he conocido a Elsa, solamente su fotografía y su madre adoptiva. A pesar de eso me impresiona y me influye. Se opuso a la locura atómica, estaba llena de "irradiación", sabía que ella misma era víctima. También nosotros

somos víctimas, estamos marcados por la muerte. Corona de espinas, sangrienta corona de espinas, sangrienta corona de espinas.

Ayer he visto el Gólgota. ¿Por qué le impresiona el Gólgota a Minerva que no es cristiana? ¿Se curaría precisamente por estas impresiones en Tierra Santa del choque sufrido en la India?

"Sermón de la Montaña". Hablan de mansedumbre y de la Paz. Y también El era un marcado por la muerte. Todos los seres vivos son marcados por la muerte, el hombre se diferencia trágicamente de los otros seres vivos por saber que morirá. Pero el saber que moriremos no nos libra de la obligación de actuar, por el contrario, nos impone responsabilidad. Y yo me he escapado hasta el otro fin del mundo para descubrir que la tierra es redonda.

En esta colina pequeña se predicó el "Sermón de la Montaña". Los dioses nuestros habrían subido al Sangay, predicarían en erupción volcánica, sobre nieve y hielo. Una vez mis compañeros de estudios me llevaron al refugio en el Cotopaxi, subimos más allá del refugio, hasta unos cinco mil metros de altura. Los indígenas no van por la nieve. También habían invitado al doctor Kramer a irse con nosotros y subió más alto que yo. Cuan extraño me sentí sobre la nieve y ahora estoy bajo el nivel del mar... y sobre aquella colinita predicaba Jesucristo.

to. Y los misioneros ponen su palabra contra el poderoso Sangay, contra la eterna fuerza de la naturaleza, la naturaleza sin palabras. Es pecaminoso pisar la nieve, el área de los dioses. Kramer nos contó cuantas veces había subido; su barba es blanca y sus ojos son azules como grietas del glaciar.

¿Por qué me imagino a María Magdalena como mujer blanca de ojos azules y pelo castaño oscuro como Elsa? ¿Al fin ella era un corderito sacrificado... o luchaba Elsa, consciente de su perdición, hasta el fin, como deberíamos hacerlo nosotros? Juan Bautista está luchando y yo soy la mitad traidora.

—Me interesan los eucaliptos que veo aquí. Son muy diferentes de los de la sierra ecuatoriana, en los alrededores de Riobamba. ¿Estos aquí tienen copas redondas y son mucho menos altos? pregunto al guía de viaje.

—Oh, hay muchas especies o razas de eucaliptos. Probablemente es otra especie la que introdujeron al Ecuador. Nosotros los hemos seleccionado muy cuidadosamente, son los más apropiados para nuestros suelos y para nuestros fines.

A los nuestros los trajo el presidente García Moreno, una de las "buenas obras" del gran tirano, del que algunos quieren hacer un santo. ¿Habría seleccionado el eucalipto, o llegaron algunas semillas accidentalmente a sus manos? Paisaje desconocido a pesar de las pal-

meras de Migdal y de los árboles que plantan. Todo claro, transparente, hasta la muerte que amenaza allá arriba en las puestos de artillería sobre las alturas de Golan.

Predican mansedumbre. La muchacha lee algo de los que andan cargados y apenados. Parece que esto gusta en todas partes. ¿Deben permanecer mansos los que sufren? Nosotros, Juan Bautista y yo siempre hemos despreciado a los mansos corderos; ¿María Magdalena habrá sido mansa oveja? Elsa no lo era.

Y aquí estamos en Cafarnaum.

—¿No ha sido construida esta sinagoga después del tiempo de Jesucristo? —pregunta alguien—, es tan típicamente estilo tardío del imperio romano...

La sinagoga es la iglesia de la fe de Minerva. No es creyente en un sentido religioso como ella lo expresa, ella no sabe si cree o no cree.

Una iglesia judía de la época romana tardía. ¿Y qué me importan los romanos y los judíos? Cafarnaum. Los misioneros nos han traído el cristianismo para alejarnos de nosotros mismos.

Minerva pone una pregunta cómica.

Estrellas soviéticas. Algunos de mis colegas llevaban estrellas de cinco puntas en su solapa o en sus sacos. Kramer ha contado bastante en las pocas horas de Hong Kong; hay algo de eso que algunos describían tan elocuentemente sin conocerlo. Traté de leer una edición re-

sumida de "El Capital", quizás en primer lugar porque sabía que habría disgustado a los buenos Padres.

¿Y el Padre Bóhumil?

Aquí está la tierra anhelada por los judíos. ¿Está el Padre Bóhumil también en su Tierra Santa?

Por fin el bus sigue su ruta. Hace un calor tremendo.

—Has encontrado estrellas soviéticas —digo a Minerva. Le puedo proponer...

—Me hace pensar. ¿Se habrán equivocado en las estrellas?

—¿Qué quieres decir?

—Me temo que no lo puedes entender.

—por no ser más que un indio —contestó rencorosamente y estoy enojado conmigo mismo, pues ella seguramente quería decir algo muy diferente.

—No seas tonto, Agustín. Nos conocemos bastante tiempo y bastante bien. Pero esto aquí es mi selva, aquí han vivido mis antepasados, de aquí venían. —Sí, sí tampoco podía esperar que Minerva entendiera a un shuar—, un paisaje completamente transparente, líneas duras, todo claramente limitado y todo seco. Es lo contrario de tu país.

—El sol luce lo mismo, claro, esplendoroso, "inmisericorde" y dispensando vida.

—Inmisericordiosamente, dando vida... —repite Minerva.

—Y los contornos tan duros y claros bajo el cielo azul.

Hemos caído en el idioma español. No es mi idioma, y no es el de Minerva, pero es la lengua que los otros ignoran, algo como nuestro entendimiento muy secreto.

Aquí todo es duro. Es claro por ser duro —un tercero ha hablado en castellano, el chofer. Estamos sentados tras de él.

—¿Cómo es que usted entiende el español? —pregunto, sintiéndome atrapado, espiado.

—Mis antepasados fueron expulsados de España, hemos sido expulsados de muchos países. Coleccionamos idiomas. Algunos hablan el "yidish", que es un alemán antiguo un tanto mezclado y alterado y otros, como por ejemplo, mi familia, han conservado un español antiguo.

—Raro —me atrevo a apuntar, dirigiéndome a Minerva—, que en este aire transparente hayamos descubierto estrellas soviéticas.

—Algo así he pensado. Acaso a veces nos entendemos mejor de lo que parece...